

LAS TENDENCIAS MODERNAS DEL ISLAM EN UN LIBRO DEL PROFESOR H. A. R. GIBB

ES un hecho muy conocido la propensión que los trescientos millones de musulmanes tienen cada vez más a acentuar el papel que desempeñan en el mundo moderno, donde son países del Islam los que principalmente ocupan el centro intercontinental de las comunicaciones y las ideas. Los núcleos que siguen la religión islámica toman hoy un ritmo acelerado para recuperar el tiempo perdido, y por su intervención creciente en la vida internacional hacen que sus problemas dejen de ser temas reservados a algunos eruditos orientalistas, para convertirse en temas de política general. El conocimiento del renacer islámico es, pues, indispensable, al menos en los rasgos más generales. Pero hay que evitar el error de limitar el estudio de ese renacer a los pensadores de nombres célebres o a los núcleos de vida cosmopolita y europeizante. Porque lo esencial sigue siendo (como lo fué siempre) el peso y la densidad de la gran masa musulmana, que suele permanecer discretamente tradicionalista. Por el hecho de que son pocos los países musulmanes europeizados (y nunca completamente) y escaso el número de intelectuales laicos, que, por otra parte, no son siempre reformistas.

La masa moderadamente conservadora, es decir, de conservación sin reacción y de amor al justo medio, sigue componiendo la gran mayoría numérica (incluso en Turquía y Egipto). Esto ya sería un motivo suficiente para destacar su importancia si no hubiese otro mucho más serio que es el del «Consensus» o *Ijmaa*. La voluntad unánime de la masa creyente es (después del Corán y de la Sunna de Muhammad Rasul-lah) la tercera fuente legal de la religión, el Derecho y la vida social de los musulmanes. En la práctica, el uso del *Ijmaa* ha contenido las desviaciones de los poderosos y los tiranos,

a la vez que ha servido para armonizar las distintas tendencias: místicas, puritanas, reformistas y liberales.

El prestigioso arabista e islamista británico, H. A. R. Gibb, que es profesor en la Escuela de Estudios Orientales de Londres, ha sido catedrático de Oxford y pertenece como miembro a la Real Academia de la Lengua Árabe de El Cairo, ha tratado exactamente y con cuidado el tema de las relaciones entre los actuales reformismos diversos y la continuidad de la evolución islámica a través de los siglos. Lo hizo en unas conferencias en la Universidad de Chicago. La traducción francesa de esas conferencias se ha publicado ahora con el título *Les tendances modernes de l'Islam*, formando parte de la Colección «Islam d'hier et d'aujourd'hui» que dirige E. Levi Provençal y que se edita en la Librairie Orientale et Americaine. G. P. Maisonneuve, en París. Es decir, en una colección que para el lector español presenta especial interés, porque de las doce obras publicadas en ella cinco se ocupan de temas hispano-arábigos.

La obra del profesor Gibb remonta a las fuentes originarias del Islam y sigue hasta nuestros días la evolución de su trayectoria histórica, empeñándose en poner de relieve su continuidad profunda que a veces ocultan los cambios temporales. Así analiza el Corán, la Sunna, el Ijmaa y el Ittihad, o sea las cuatro bases del sistema religioso musulmán. En el Corán no ve un dogma rígido en forma ya fijada, sino algo flúido que engendra constantemente vida, gracias a su fuerza de expresión que le hace intraducible. En la Sunna no considera que haya yuxtaposición de tradiciones sueltas, sino una especie de arabesco o armonía geométrica de puntos separados y múltiples. El Ijmaa, «vox populi», es garantía de equilibrio de lo ya establecido, pues lo sustrae a los caprichos individuales. El Ittihad, «exercice du jugement», es el esfuerzo para adoptar lo tradicional, los casos nuevos que se presentan.

Con todo ello el equilibrio de fuerzas internas del Islam religioso se basa en los dos extremos de la absoluta trascendencia de Dios y de la inmanencia disuelta en todas las masas de los fieles, lo cual explica el que los musulmanes no hayan sentido nunca la necesidad de organizaciones religiosas jerarquizadas, de «iglesia» sacerdotal. Esto lo atribuye Gibb no sólo a razones teológicas, sino a lo que él llama «atomicismo musulmán», es decir, a la propensión psicológica que los árabes, creadores del Islam, tienen a considerar se-

paradadamente los conceptos y las cosas. Por ese afán de objetividad los musulmanes repugnan los métodos de pensamientos racionalistas que se hagan los cerebros a solas consigo mismos y de espaldas a la realidad. Desconfían de los conceptos universales abstractos y las definiciones *a priori*, tales como la «Naturaleza» o la «Justicia» concebidas como entes ideales. Acusan esas abstracciones como dualismos que ponen ídolos falsos al lado de la idea de Dios.

Por todo eso resulta que las nuevas creaciones de los llamados «modernistas» musulmanes no son, como las de las herejías y desviaciones modernistas surgidas al margen o en contra de la Iglesia católica, movimientos acentuadores de lo laico, camino del ateísmo. Porque el modernismo musulmán es también «atomicista» y anti-abstracto. Los modernistas cambian detalles de la legislación, la indumentaria, los casos referentes al matrimonio, la educación, etc. (muchas veces en sentido contrario a la costumbre religiosa establecida), pero sin pensar que esos cambios puedan constituir todo un sistema racionalista completo. Al contrario, con su metodología nueva de aspectos laicos quieren aportar al Islam de siempre, elementos de reforzamiento, puesto que del modernismo cogen, sobre todo, la técnica concreta.

No hay que confundir tampoco los modernismos de los diversos grupos reformadores con los grupos más reducidos de elementos irreligiosos y ateos, que en los países musulmanes son muchas veces originarios de otras minorías no islámicas (ex cristianos árabes, en Palestina; neofranceses, en Argelia; ex judíos, armenios, etc.). Los modernizadores no van contra la idea de Dios ni la práctica religiosa, sino que ponen su empeño en reforzar los valores alegóricos y simbólicos, acentuando la parte ceremonial en detrimento de la sentimentalidad mística. Es decir, que representa un romanticismo «progresista» de tipo siglo XIX, frente al clasicismo macizo del Islam tradicional. También es característico del modernismo el reclutarse entre «efendis» de la pequeña burguesía europeizada en las grandes ciudades.

Dos sectores o escuelas diferentes, aunque paralelas, ve el profesor Gibb en el modernismo, o sea la de Egipto (vagamente influenciada por Francia) y la de la India (influída por la cultura inglesa y norteamericana). La primera nació paradójicamente en el seno de un movimiento de puritanismo musulmán, o sea entre seguidores del que

fué Gran Mufti en Egipto, Chej Mohamed Abdu. El núcleo principal de esos discípulos, guiados por el Chej Rachid Rida, formaron en torno a la revista *Al Manar* la escuela llamada «Salafiyah», que, como la Wahabita, exageraba la forma austera y ascética en el Islam, queriendo suprimir el culto de los santos y el predominio de las cofradías. Casi todos los adeptos de la «Salafiyah» pertenecían y pertenecen a lo que pudiera llamarse jerarquía de religiosos profesionales y teólogos. Pero al calor de la Universidad Fuad se formó otro grupo de seguidores del Chej Abdu, laicos y europeizados, cuya principal misión ha sido tender un puente entre la educación técnica no islámica que los alumnos musulmanes recibían en las universidades extranjeras y la enseñanza tradicional escolástica de tipo medieval que siempre dió en El Cairo la Universidad Al Azhar. Para ello hicieron un compromiso entre lo extranjero y lo tradicional, y en ese compromiso ambas partes hubieron de ceder algo, pero el tipo de educación que surgió tiene más de extranjerizado que de tradicional. Siendo la figura más destacada de esa forma híbrida la del doctor Taha Hussain, célebre literato ciego que actualmente es rector de la Universidad de Alejandría.

El segundo grupo modernista, o sea el de la India, nació en torno a la Universidad de Aligarh, lo mismo que el grupo árabe había nacido en torno a la Universidad nueva de la capital egipcia. Sayyid Ahmed Khan, fundador de Aligarh y de su escuela de pensamiento, se esforzaba en propagar la llamada «conformidad a la Naturaleza en religión», es decir, rechazo de lo milagroso y religiosidad científica, ajustada a las leyes de las ciencias exactas y naturales.

Por encima de todas las escuelas modernizadoras queda el empeño de realizar una armonía entre ellas y la masa conservadora tradicional. Empeño que realizaron en vida figuras como el poeta indio sir Muhammad Iqbal y el Chej Mustafa Abderrazeq, que fué rector de Al Azhar. Parece ser que en esa tendencia a incorporar la técnica modernista de hoy a la ideología y sistema social de siempre, están las máximas posibilidades de porvenir del Islam que para durar necesita seguir siendo predominio de las masas y continuación del sistema del Ijmaa.

R. GIL BENUMEYA